

Juan Marín

La «prueba de la cuerda»



EN la extensa plazoleta que enfrenta la mezquita de «Jamma Mashid» en Srinagar—la bella capital de Kashemira, llamada la «Venecia del Asia»—se habían congregado algunos centenares de peregrinos que, al día siguiente, partirían en viaje hacia la sagrada «Cueva de Armanath», en los flancos del Himalaya. Adoradores de Siva la mayoría de ellos, realizaban periódicamente esta ardua jornada a las alturas coronadas de nieves eternas en la frontera del Tibet, para adorar, bajo su forma particular de Siva Mahadeva, patrón de Kashemira y de toda la India del noroeste, al turbador y cautivante dios «que danzó en la creación del Mundo».

Aquella multitud bullía como una colmena de abejas en verano: los vendedores pregonaban sus mercancías, los empresarios de transporte mostraban sus mulas, sillas de posta y lechos y tiendas de campaña; y santones y yoguis de toda clase se ofrecían semidesnudos en las posturas más extrañas. Pues Siva es el dios de los ascetas y de los ciliciantes y aquella era una fiesta de los «hombres sagrados» venidos para tal efecto desde todos los rincones de la India inmensa. Hombres con el cuerpo cubierto totalmente de cenizas, otros con el cabello y las barbas cayéndoles hasta el suelo, algunos con las mejillas o la nariz atravesada

das de largos alfileres mohosos por el tiempo, transitaban entre los peregrinos o yacían hieráticos en el centro de corros formados por los fieles. Las tres rayas horizontales que marcan el culto sivaico se veían en casi todas las frentes, marcadas con ceniza o con tierra de color. Olía fuertemente a incienso y a clavo de olor, a fritangas, a mugre, a sudor humano y a estiércol de vaca y de caballo y sobre todo, a humo de tabaco crudo cual es el que fuman—ahogándose en ruidosos accesos de tos—las gentes de Kashemira y del Punjab, en toda la región por donde, hace miles de años, bajaron los «Aryos» hacia las planicies ardientes de la India. Los ascetas mostraban sus escuálidas anatomías de ayunantes o se mantenían por horas y horas en las más inverosímiles actitudes: era el triunfo de Siva, el rey de los penitentes, el enigmático dios de la creación-destrucción del Mundo, de aquel que cortó una de las cinco cabezas de Brahma, del dios «hermafrodita» que danza eternamente sobre el dorso de un enano, horripilante, símbolo del hombre.

Rama Swami, nuestro amigo hindú, miembro distinguido de la ceta brahmánica por nacimiento y «vishnuita» por culto y por creencias, nos había invitado a visitar aquel campamento para que recogiéramos una impresión vívida y directa de la India mística que en la mitad del siglo XX, del avión y del átomo, vive todavía espiritualmente en pleno medioevo.

—Hay en esta ascensión a Armanath mucho de simbólico y de alegórico, nos decía mientras caminábamos lentamente en el espesor de aquella muchedumbre que él no podía mirar sino con disgusto y desprecio... Llegar a catorce mil pies de altura significa un esfuerzo físico considerable: esta es la penitencia. Ascensión se identifica luego con purificación: a medida que se van dejando atrás los arrozales pantanosos y se entra en la atmósfera diáfana y ozonificada de la montaña, el espíritu se va despojando de su mezquino lastre de pasiones terrenas y se «sensibiliza» para su contacto con los dioses. Cuando, después de varios días de ruta por los altos senderos bordeados de coní-

feras y orillando ventisqueros azulejos e impresionantes acantilados de granito, el peregrino llega finalmente al santuario, su mente ha alcanzado una «receptividad» máxima para el fenómeno místico que la espera. Y al abrazar el «lingam» de hielo o cualquier otro emblema que se le ofrezca, sentirá la presencia de lo divino hasta en la última de sus fibras. Es una jornada que usted debiera también hacer un día, no sólo por lo que interesa al escritor, sino muy principalmente, como una experiencia subjetiva de eso que Max Müller ha llamado «sensación de proximidad con lo Infinito».

Con su brazo extendido, Rama Swami nos mostraba, al fondo de la plazoleta, destacándose por encima de las blancas cúpulas de la mezquita «Jamma Mashid»—construída por ese Emperador artista que fué Shah Sehan—el imponente círculo de montañas del Himalaya, con sus nieves espesas reverberando bajo el sol matinal.

—Piense que llegar a Armanath, agregaba insistiendo sobre su tema, es como escuchar un prelude de la gran sinfonía tibetana cuya música misteriosa parece a usted embrujarlo. En la «Cueva Sacra» se escuchan ya voces que no son de este lado, del piso bajo de la Tierra, sino de lo alto, del «Techo del Mundo». Allí en Armanath suelen dar citas «telepáticas» los viejos «Gurús» tibetanos a sus discípulos de todos los ángulos de la tierra. La «Caverna» es uno de esos sitios-claves donde los contactos místicos con el Unico, con el Espíritu Universal, con la Gran Mente que alienta más allá de las formas materiales, son más fáciles y frecuentes y más decisivos sus resultados. Allí se supone que cohabitó Siva con su esposa Parvati en una «unión mística» cantada por todos los poetas de la India. Allí los «Karmas» individuales pueden sufrir mutaciones bruscas como esas de que hablan los biólogos, sólo que acá todo es en el plano espiritual exclusivamente.

—Es usted un magnífico propagandista de Armanath: el Gobierno de Kashemira debería nombrarlo jefe del Departa-

mento del Turismo y Propaganda, le respondemos riendo... Pero su tarea con nosotros es perdida... Porque la dificultad no está en la mente sino en las piernas. Hay que ser joven o hay que estar especialmente entrenado para un viaje como éste. Sobre el llano, podemos caminar cuanto usted quiera, pero, cuando hay que andar durante siete días, parte a lomo de mula y parte a pie y siempre ascendiendo, ascendiendo, envueltos acaso en medio de tormentas de nieve y lluvia, le confesamos sin rubor que nuestro entusiasmo se enfría notablemente. Sobre todo después de los seis o siete mil pies de altura, el corazón seguramente se niega a tictaquear con la regularidad deseada...

—Todo es cuestión de voluntad y de fe. Si usted realmente creyera—como esta gente cree—en la divinidad y virtud de lo que hay allá arriba, usted llegaría. Vea como hay ancianos, hombres y mujeres por igual, entre los peregrinos. Su corazón y sus piernas no son ciertamente mejores que las de ustedes, pero ellos tienen fe en Mahadeva y por eso llegarán. En el «lingam» de hielo—que como usted sabe no es más que una colosal estalactita de hielo eterno—de Armanath, ellos ven una expresión milagrosa de los ocultos poderes creadores de la Naturaleza. Hombres caducos y mujeres estériles, al echarse desnudos sobre el «lingam» y decorarlo con guirnaldas de flores, sienten que un milagro se opera en sus entrañas. Y los espíritus místicos experimentan la presencia del Único, que como una ola fría, los inunda y posee hasta en el rincón más secreto de sus almas.

Caminábamos, discurriendo así al azar por entre el vasto campamento en plena ebullición de vida.

—Parece un campamento de gitanos, apuntamos... Su policromía, su bullicio, los trajes de sus mujeres.

—¿No sabe usted que los gitanos son originarios de India? El hecho está probado y es reconocido por autoridades de nota. El traje de las gitanas es el traje hindú típico, anterior a la llegada de los árabes y persas con sus anchos pantalones flotantes y de los mogules con sus velos sobre el rostro. Es el mismo traje

siguen preocupándolo... Dejemos, pues, los reptiles fuera del programa y preguntemos a este hombre extraño qué es lo que sabe hacer.

Bruscamente, una idea golpeó entonces nuestra memoria: recordamos que había algo, sí, algo que desde el instante mismo de nuestra llegada a la India, deseábamos ver, sin conseguirlo.

—Pregúntele si sabe hacer la «prueba de la cuerda», dijimos vivamente.

—¡Oh!, la «prueba de la cuerda», replicó Rama Swami... Usted sabe que es difícil encontrar quien la realice. Está, en cierto modo, prohibida por las autoridades. Ha habido casos muy misteriosos.

—Exactamente, por eso es que quisiéramos verla.

—Intentaré, dijo el atildado Swami; pero, debo confesarle que yo nunca la he visto y mucho temo que no la veamos esta vez tampoco.

Se adelantó frente al «yogui» y alzando las dos manos juntas a la altura del rostro—en actitud que es de adoración entre los occidentales, pero que no es sino de saludo entre los hindúes—exclamó:

—¡Saláam, venerable Gurú. ¡Saláam Alékum! ¡Que la paz sea con vos!

El gigante volvió su mirada desde la lejanía donde parecía tenerla puesta y la fijó en el Pandit hindú, pero, al parecer, sin verlo, pues sus pupilas no se enfocaban sobre su interlocutor.

—¡Alékum Saláam!, respondió... ¡Que Dios seo contigo! ¡Di pronto lo que de mi deseas!

—Mi amigo viene de lejanas tierras—nos señalaba a nosotros con su fina mano estirada—y ha de regresar pronto a su país. Mas, no desearía dejar India sin ver antes una de sus más típicas maravillas, algo que como el «Taj Mahal» de Agra sólo se puede ver en las sacras tierras del Indus y del Ganges: la «prueba de la cuerda». ¿Podrías vos realizarla para nosotros?

—Pide lo que quieras, replicó el pelirrojo, con voz suave y

armoniosa... Pero no me pidas la «prueba de la cuerda», porque es la única que no puedo hacer, ni para ti, ni para tu amigo ni para nadie.

Mientras hablaba, sus ojos habían vuelto a posarse en un punto lejano del horizonte. Había algo extraño en esa mirada que nos producía desazón, mirada impasible y fija como de vidrio, mirada sin vida y sin alma. Había una desproporción total entre el aspecto avasallante de vigor y fuerzas del gigante, su voz tan suave y sus ojos sin vida.

—Mi amigo es rico y os dará dinero. Podrá contratar ahora mismo para vos, un «poonie» o una mula y un criado, que os lleven mañana a la Cueva de Armanath, junto con los peregrinos: podréis subir hasta el trono mismo de Mahadeva, vuestro Protector!

El rostro del hombre se iluminó por un instante—como un trozo de cielo en uno de esos crepúsculos rojizos del Himalaya—pero luego abatió las cortinas de sus párpados y apretó los labios como quien contiene una gran emoción que pugna por exteriorizarse.

—No es cuestión de dinero, murmuró entre dientes... Es que no puedo hacerlo.

—¿Por qué? ¿Os lo prohíbe vuestro Gurú?

—Muchos años hace a que yo no tengo ya Gurú, respondió con énfasis... ¡Yo soy un Gurú! ¿Crees tú que puede ser discípulo quien es ya maestro?

—¿Y entonces?

—Es una historia larga de contar. Siéntate y escucha.

Nuestro amigo se sentó en el suelo en la misma posición que el mago y nos hizo ademán de imitarlo. El yogui hablaba en lengua urdu que nuestro Pandit hindú comprendía fácilmente por haber vivido largos años en Kashemira, aun cuando su lengua nativa era el hindi. Del urdu, Swami traducía para nosotros al inglés lo que el yogui iba diciendo con esa su voz tan suave

y armoniosa como una canción de las que las muchachas cantan en los templos.

—Hace de esto más de veinte años... Viajaba yo por el sur de la India y me había detenido unas semanas en el «Templo del Sol» de Konarak, en Orissa. Estaba yo imbuído por esa época totalmente en las doctrinas del «Tantrismo Tibetano» y había recibido órdenes de mi Gurú — un sabio nepalés hoy ya desencarnado—de ir a meditar día y noche frente a las imágenes, aparentemente obscenas y lúbricas, pero ricas de un oculto simbolismo, que decoran los muros de ese Templo consagrado a Surya, el «dios-sol». Era una etapa dolorosa de mi iniciación, aquella etapa en que el novicio-asceta debe resistir heroicamente las tentaciones de Mara y las acechanzas de Kama. Hay que ciliciar la carne sin descanso y seccionar el mundo de los sentidos aislándolo de nuestro mundo interior. Allí, mientras sostenía aquella lucha a muerte contra las internas potencias, evitando el estallido o la disociación de mi personalidad, se produjo el encuentro que había de decidir de todo el futuro curso de mi vida. Allí encontré un día, vagando perdido entre la muchedumbre, a un niño de unos tres o cuatro años de edad. Era un niño rubio como el sol y con ojos azules del color de las aguas oceánicas que rodean el promontorio en que se alza el Templo. Pensé que el chico se había extraviado momentáneamente de sus padres en medio del gentío pues era época de peregrinación, como hoy es aquí. El muchachito lloraba desconsoladamente, pero, apenas me vió, cesó su llanto, vino hacia mí y se cogió de mi mano. Durante todo aquel día anduve yo con él, mostrándome intencionalmente en todos los sitios del Templo de modo que sus padres pudieran verlo y recuperarlo. Pero, pasó ese día y muchos otros y nada ocurrió. El niño quedó en mis manos y yo no tuve más remedio que adoptarlo. Lo alimenté y cuidé como si fuera mi hijo. Yo, que nunca supe de trato con mujer, iba ahora por el mundo con un hijo que en nada se me parecía, pues como ya os he dicho, tenía el cabello de oro y los ojos de zafiro. Me lo

habían enviado los dioses y debía aceptarlo para que su «Karma» o el mío—o ambos—se cumplieran. Inicié pronto al niño en prácticas de magia y juglería y así fuimos juntos por el mundo ganándonos el sobrio plato de los peregrinos. En homenaje al gran santo de la India, al protector de Rama y maestro de Arjuna, lo llamé Krishna. Cuando tenía seis años, le enseñé la «prueba de la cuerda». Con Krishna realizamos la «prueba de la cuerda» en todos los grandes centros religiosos de la India: en el templo de Jagannath y en el «Lingarajam» de Orissa, en la «Isla Sagrada» de Rameswaram en la Bahía de Bengala, en el Kailasanatha de Conjeevaram, en el Templo Kandarija-Mahadeo de Kajaraho, en las «Siete Pagodas» abandonadas de Mamallapuram, en el Templo de Srirangam en Trichinopoly, en Bodhi-gaya la «Ciudad Santa» de Budha, en Patna, en Madura y en cien otras partes. La tragedia ocurrió en la Ciudad Sagrada de Benares, en la gran plaza que queda frente al «Templo de Oro» consagrado a nuestro Señor Siva. Había ese día en la ciudad una atmósfera mística de gran tensión, sobre-aguda, explosiva casi. Así suele suceder en Benares. La masa de fieles, los enfermos llevados allí a mejorarse o a morir, se encontraban en un estado de ánimo vecino al paroxismo y yo mismo sentía—a pesar de las duras disciplinas de mi yoga—que mi espíritu tendía a escaparse, como si mi «atmân» hubiera querido ya despojarse de su mísera envoltura de carne y huesos y retornar al seno profundo de «Brahman». Había evidentemente una poderosa marea espiritual que empujaba o atraía hacia el otro lado de las playas insondables. La inspiración del aliento de «Brahman» era mucho más fuerte que su expiración y por eso, como pecesillos en la boca de una ballena, todos los seres vivos éramos arrastrados a entrar en su seno magno.

Vi morir muchos penitentes ese día, apenas eran sacados del baño ritual en las aguas del Ganges. En tales circunstancias hicimos la «prueba de la cuerda». ¡Ay! ¡Habría de ser por última vez! Krishna, ágil como un simio, alado como un «Asura» celes-

tial, subió por la cuerda arrojada por mi verticalmente en el espacio, pero nunca más volvió. ¡Nunca más! Se perdió en el seno de una nube de plata y no he vuelto a verlo más. En vano yo clamaba:

—«¡Krishna, Krishna: retorna a tu padre!». Pero Krishna no volvió. Así perdí a mi hijo, a aquél que era luz de mis ojos, embeleso de mis oídos, regocijo y consuelo de todas mis horas. Pues yo había llegado a convencerme de que Krishna era realmente mi hijo, creado «mentalmente», por un proceso de concentración de la mente, en un «círculo mágico», como lo hacen los magos tibetanos en las secretas Lamaserias que nadie puede visitar. ¿Y por qué no? Era un hijo mío. Yo lo había «emanado» de mi conciencia de la misma manera que se emana una idea. Tanta realidad tenía él dentro del tiempo y del espacio, como la tiene un bello pensamiento. Yo lo había formado, criado y educado. El no tenía otro padre que yo. De otro modo, su padre carnal lo hubiera rescatado de mis manos allá en el Templo de Surya en Konarak. Pero, lo perdí de ese modo. De tanto mirar el cielo bajo el sol ardiente de Benares y bajo los soles de toda la India, mis ojos se cegaron. Soy un ciego, a pesar de que, exteriormente, nada hallarán ustedes de anormal en mis ojos. Pero, soy ciego. Nada veo. El sol me cegó. Yo arrojaba la cuerda todos los días al espacio y allí la dejaba, desde la mañana hasta el atardecer, tensa y erguida bajo el cielo inclemente, esperando que un día mi hijo bajara por ella. Pero nunca bajó y yo comprendí que esa burbuja de mi mente que era Krishna, había sido absorbida por el Unico, como el grano de sal que retorna al océano, en preparación para futuras encarnaciones en la rueda eternamente girante y girante de «Samsahra». Desde hace muchos años no practico más la «prueba de la cuerda». Es tabú para mí. Perdí toda esperanza de recobrar a mi hijo. ¡Hacerla sería como lanzar un desafío a los dioses!

—Por el contrario, dijo Swami con su acento más persuasivo y convincente... Lo lógico sería que vos siguiérais practi-

cándola hasta que el Único os devuelva a vuestro hijo. Puede que haya sido sólo un rapto temporal y que Krishna esté esperando que le tendáis de nuevo la escala que le permita bajar hasta vos, que construyáis una vez más el puente que le permita volver a entrar en el mundo de las formas concretas.

—¡Exacto!, corroboramos nosotros... ¡El brahmin tiene toda la razón!

—Sí, pero la prueba exige que un muchacho suba por la cuerda... Y es el mismo muchacho que sube y no otro el que se reconstituye después en la cesta.

—Pueden bajar dos en vez de uno..., apuntamos riendo.

—¡No se bromea con estas cosas!, dijo el Pandit con su voz más severa.

—Es sólo una hipótesis como cualquier otra.

—Una hipótesis poco reverente y que puede quebrar esta atmósfera que estamos tratando de crear con el yogui.

Y volviéndose al yogui, agregó Swami:

—Maestro, haced la prueba una vez más... Mi amigo va a obsequiaros con todo lo necesario para que vayáis en peregrinación a Armanath. Acaso Mahadeva os dé allí otro hijo, ya sea creado por un proceso de «emanación mental» como Krishna, o encontrado en medio de la muchedumbre entre los niños extraviados de sus padres; intentad una vez más, ¡oh! ¡sabio Gurú!

—No tengo cuerda, dijo el santón, vacilante ya en su determinación... Y tampoco tengo un niño que suba por ella.

—Cuerda y rapazuelo proveeremos nosotros, respondió Rama Swami. Preparad vos vuestra cesta que todo va a estar listo en un instante.

Fuimos al Bazar cercano a pedir en préstamo una soga de unas veinte yardas de largo y, en el camino de regreso, nuestros ojos se fijaron en un muchachuelo moreno, de rostro inteligente y vivaz que habíamos visto varias veces pidiendo limosna frente al Bazar del «Sufriente Moisés».

—¡Bh! muchacho. ¿Quieres ganarte unas «rupees» sin mucho trabajo?

La cara del rapaz se animó con una ancha sonrisa.

—¡Ashá!, respondió. ¡Claro que sí!

—¿Sabes subir a un árbol?

—Mejor que un mono!, replicó con viveza. ¿A cuál árbol quiere que me suba?

—Ven con nosotros. No se trata de subirse a ningún árbol sino de algo mucho más interesante. Vas a subir por una cuerda vertical y vas a ganarte nada menos que diez «rupees».

—Yo, por diez «rupees» subo donde ustedes quieran, pero siempre que me las paguen adelantadas... Estos extranjeros son muy tramposos, agregó, dirigiéndose a Swami.

Pasando por alto la ofensa, pusimos un billete de diez «rupees» en manos del Pandit hindú y dijimos al muchacho:

—El dinero queda depositado en manos del brahmin. El no es extranjero, él es hindú y te merecerá confianza... Si tú subes por la cuerda que vamos a indicarte, las diez «rupees» serán tuyas en el momento mismo en que bajes. ¡Es un trato!

—Ashá!, dijo el chico y echó a andar con nosotros.

Llegamos frente al yogui.

—Aquí está la cuerda y aquí hay un muchacho dispuesto a trepar por ella.

—Dejadme tocarlos, dijo el juglar.

Con sus ojos ciegos miraba fijamente al rapaz, sin verlo indudablemente, pues luego empezó a palparlo y con sus manos cubiertas de pecas rojizas recorría el pequeño cuerpo de alto abajo y de abajo hacia arriba. Particularmente en la cara y en la frente su palpación fué muy cuidadosa.

—Parecen pases magnéticos, apuntamos nosotros... Está tratando de hipnotizarlo.

—Silencio, replicó Swami... Observe y calle, esa es la consigna en estas ocasiones.

Luego el mago dejó al niño parado frente a él y tomó la.

cuerda haciéndola pasar varias veces bajo sus rudas manos como quien repasa las cuentas de un rosario mientras sus labios musitaban nuevas fórmulas e invocaciones. Después vació la cesta de todo su heterogéneo contenido, dejando las culebras a un lado y las palomas al otro para evitar posibles accidentes y cubrió finalmente el canasto con un trapo blanco.

Tomando ahora al chico, imperativamente, por los puños, lo imprecó:

—¿Estás listo?

El rapaz, que parecía haber perdido gran parte de su vivacidad habitual, retrocedió unos pasos con aire amedrentado, mirando al santón y a nosotros alternativamente.

—En cuanto usted ponga la cuerda subiré, pues... Antes, ¿cómo voy a subir?

—¡Allá va la cuerda!, gritó entonces con voz estentórea—muy distinta de su voz anterior—el yogui, lanzando el rollo hacia el espacio.

Vimos la cuerda ascender verticalmente hacia el cielo y alargarse, alargarse hasta perderse en las nubes. Aquel cordel, que no medía más de veinte yardas, parecía crecer ahora en una perspectiva de millas de longitud. El mirarlo subir, producía vértigo.

Un grupo de curiosos se había ya reunido en torno a nosotros y asistía a la prueba con visible interés.

—¡Sube ahora hasta el extremo de ella!, ordenó imperativamente y con la misma extraña voz el santón, sin moverse, de su sitio ni un milímetro y sin alterar en lo más mínimo la posición de sus piernas flectadas ni de su busto erguido en la postura del Buda Gautama.

El muchacho, como movido por un impulso eléctrico, se lanzó sobre la cuerda exactamente igual que un simio se lanza sobre el tronco de un árbol. Lo vimos cómo, con agilidad increíble, trepaba, trepaba y trepaba, haciéndose cada vez más pequeño en la altura hasta que llegó un momento en que no lo

vimos más. No sabríamos decir si se perdió en el espesor de una masa de «nimbus» que flotaba a la deriva en la concavidad del cielo o si el fulgor del sol nos impidió verlo cuando sus dimensiones se redujeron a las de una cabeza de alfiler.

El yogui había colocado la base de la cuerda sobre el suelo, frente a sus rodillas, enrollada en círculo como una serpiente. Tomando ahora la cesta y alzando el trapo blanco con que la había cubierto, gritó de cara al cielo:

—¡Baja ahora, hijo mío!

Pasaron largos minutos de un silencio opresor y angustioso. Nada sucedía. Cien rostros vueltos al cielo, no veíamos en él, sino una cuerda interminablemente alta horadando el transparente cristal de la atmósfera.

De repente un ruido sordo, como de un cuerpo que cae, nos hizo mirar hacia la cesta. Pero, el yogui, rápidamente, la cubrió con la tela. Luego, otro golpe o chasquido semejante al anterior e igual movimiento, sumamente rápido, del santón. Así, sucesivamente, seis golpes.

—La cabeza, el tronco y los cuatro miembros, comentó en voz baja nuestro amigo. ¡Ya está todo el cuerpo dentro de la cesta!

—¿Vió usted algo?, le preguntamos.

—Muy poco, casi nada. Solo imágenes borrosas, como de un mal «film» o de una fotografía fuera de foco. Una cabeza, una mano... resbalando a una velocidad vertiginosa en el aire.

—¡Exacto! ¡Exacto! Esa es también nuestra impresión.

La cuerda seguía erguida e inmóvil en el aire... El yogui cogió el canasto cubierto con la tela blanca y los estrechó entre sus largos brazos. Sus labios, cubiertos de rojiza pelambreira, musitaban palabras ininteligibles.

Después, con un movimiento súbito e inesperado, descorrió de un solo tirón la cubierta de trapo y al mismo tiempo, la cuerda fofa ahora, se desplomó en el suelo mostrando sus reales dimensiones. Pero, nuestros ojos y los ojos de todo el público, se

posaban en la cesta recién destapada: el espectáculo que allí vimos fué el más inesperado. Recostado en el fondo del canasto, plegado sobre sí mismo en la misma postura del feto en el vientre materno, yacía un niño, pero—y esto era lo extraordinario—ese niño no era el mismo rapaz moreno que habíamos visto todos subir por la cuerda, sino un muchachuelo rubio y de ojos azules.

Las manos del yogui se posaron delicadamente sobre su cabeza primero, sobre el perfil del rostro después y luego sobre el cuerpo. Un ronco grito se escapó entonces de su boca:

—¡Krishna, hijo mío! ¡He aquí que has regresado! ¡He aquí que has vuelto, al fin, a los brazos de tu padre! ¡Krishna, mi hijo bien amado!

Las tres serpientes que, hasta ese momento, permanecían sumidas en hondo letargo, empezaron a moverse en dirección al cesto y entrando en él, se ciñeron al niño, pareciendo acariciar con sus largos cuerpos escamosos el cuerpo del muchacho que estaba completamente desnudo.

El chico comenzó también a desperezarse como quien despierta de un largo sueño. Estiró sus brazos y piernas y abriendo los ojos, dilatados por la sorpresa, se abrazó al santón:

—«¡Bapú», padre! «¡Bapú», padre mío!

El gozo del santón era indescriptible y su estado rayaba en el frenesí de la locura. Prácticamente estaba ahogando al chico entre sus enormes brazos convulsos. Por su parte, las palomas, con saltitos rápidos primero y después con breves golpes de ala, se habían trepado a la cabeza del yogui y luchaban por mantenerse en equilibrio en aquella selva de cabellos rojizos, agitada ahora por el vendabal de la emoción. Era un espectáculo fantástico el que ofrecía el yogui, semejante a un Moisés antiguo o a un Laocoonte de fuego.

—Así debió haber estado Noé en el Arca, nos dijo al oído Rama Swami.

—O Jehová en el momento de la Creación del Mundo, replicamos.

Venciendo el estupor que nos paralizaba nos acercamos y ayudamos al chico a salir de aquel estrangulador abrazo del yogui ciego. De pie, el niño, desnudo y blanco como un querubín, miraba a la muchedumbre congregada en torno a él, con esa mirada vaga con que contemplan a sus familiares los enfermos que despiertan después de una larga anestesia.

—Si le viéramos crecer un par de alas sobre los hombros, no nos sorprendería, dijimos. Es un ángel caído del cielo. Estamos asistiendo a un milagro.

El niño no dijo: —«¿Dónde estoy?» ni: —«¿Qué ha pasado?», sino que simplemente exclamó:

—¡Tengo hambre! ¡Quiero un vaso de agua!

El yogui se alzó de un salto y olvidando las culebras, palomas y toda la demás parafernalia que allí quedaba desparrramada fuera del canasto, cogió a tientas la mano del chico:

—¡Krishna, yo voy contigo! ¡No voy a dejarte escapar de nuevo! ¡Jamás... Jamás!

A todo esto una idea nos torturaba, como una aguda obsesión y era la del rapazuelo moreno que había subido por la cuerda. ¿Dónde estaba? ¿Qué había sido de él? Nos sentíamos culpables de un crimen, de un verdadero asesinato, de una especie de sacrificio humano, pues habíamos sido nosotros quienes lo lanzáramos en aquel viaje sin retorno, en aquella celeste sumergida de la cual—como antes Krishna—no había retornado.

Rama Swami estrujaba nerviosamente entre sus dedos el billete de diez «rupees».

—¡Hemos sacrificado a un niño inocente en el altar de un mago tenebroso!, exclamamos.

—¡Es algo horrible, una siniestra pesadilla!, balbuceó Swami como un eco... Yo debo ir inmediatamente al Templo Brahmánico a purificarme.

—Lo acompañaremos, dijimos.

La verdad es que no queríamos quedarnos solos ni un ins-

tante después de aquella terrible experiencia. ¿Qué íbamos a responder a los padres del rapaz moreno cuando vinieran a pedirnos cuenta de su hijo? ¿Qué podríamos decir ante un tribunal de hombres cuando todo lo sucedido ocurría en un plano extrahumano?

Echamos a andar, nerviosos ambos, como criminales perseguidos por la justicia.

El Templo de Vishnú estaba a pocas cuadras de distancia de la mezquita «Jamma Mashid» y, como caminábamos a prisa, antes de cinco minutos habíamos llegado a la entrada.

Había allí una ancha fuente, rodeada de árboles y poblada de pecesillos, que servía para las abluciones de los fieles. Nos acercamos a la fontana, Swami para ablucionarse y nosotros para sentarnos sobre el pretil. Una inmensa quietud reinaba sobre el sitio sacro, turbada apenas por el canto de los pájaros y el musical ruido de aguas de la fuente.

Simultáneamente nuestros ojos convergieron sobre un muchachuelo que dormía a pocos metros de nosotros, tendido a la sombra de un frondoso «shinar».

Ambos exclamamos con un grito:

—¡El chico de la cuerda! ¡El rapaz moreno que ascendió la cuerda!

Nos abalanzamos sobre él y lo sacudimos fuertemente para despertarlo. Trabajo nos costó volverlo a la realidad, pues su sueño era profundo.

—¿Qué te ha pasado?, le decimos... ¿Cómo es que estás aquí durmiendo?

—¿Qué sucede?, preguntó él a su vez. ¿Por qué tanto alboroto? Yo he estado simplemente durmiendo mi sueño del mediodía en mi sitio habitual.

—Pero, entonces, ¿no recuerdas que subista por una cuerda en la plazoleta de la mezquita «Jamma Mashid»?

—¡No!, replicó pasándose las manos por los ojos... Pero, a ver... espérense un poco: estaba soñando hacía un momento,

que subía a un árbol muy alto, muy alto y que después caía al suelo como los frutos maduros del duraznero cuando se desploman a la hora de la siesta. Y esos frutos que caían eran partes de mí mismo, eran yo mismo, mi propia carne. Me parece que era como una pesadilla, pero agradable al mismo tiempo... Sin embargo, ahora comprendo que era sólo un sueño...

—¡Bueno!, dijo Rama Swami con tono cortante... Mójate la cara en la fuente para que acabes de despertar y toma estas diez «rupees». ¡Son tuyas, tú te las has ganado! ¡Cómprate con ellas lo que quieras!

—¡Qué curioso!, exclamó el chico mirando fijamente el billete mientras lo cogía con sus pequeñas manos ávidas. ¡También salía en el sueño que un «sahib» parecido a este señor que lo acompaña, me daba diez «rupees», en un billete así, igualito a éste!

Apretó el billete en su diestra y se alejó rápidamente de nosotros sin hacer caso del consejo del Pandit de ablucionarse en la fuente.

—Y ¿qué hacemos ahora?, dijimos nosotros por hablar algo.

—¡Yo, de todos modos creo que necesito una purificación en el Templo!, respondió el brahmin y entró en el sagrado recinto sin mirar atrás.

Allí no podíamos seguirlo: a un extranjero le está vedada la entrada a tales lugares.

Era el mediodía y hacía un calor sofocante.

Pasaba un coche con un cochero y un caballo soñolientos, frente al Templo.

—¡Eh!, «tonga»!, gritamos.

De un salto estuvimos dentro del vehículo.

—Al «Nedou's Hotel». ¡Azota, azota tu jamelgo, «tonga» que llevamos prisa!

Pasamos las callejuelas del Bazar, la explanada del Campo Militar, la espaciosa carretera por donde se inicia la marcha

hacia las montañas. Veíamos todo aquello como en un dibujo estampado.

Llegados al Hotel, descendimos de un salto y entramos en el bar empujando fuertemente la mampara:

—¡«Boy»!. Un café fuerte, muy fuerte, ¿entiendes? ¡Y pones un doble «brandy» dentro de él! ¿Comprendido?

—¡«Ashá», «master»...! ¿Qué sucede hoy al «sahib»? Está pálido y tiene aire enfermo. ¿Anduvo de excursión y sufrió un «golpe de sol»? Es peligroso. ¡Con este sol de Kashemira nunca se sabe!

—¡No! ¡hombre!, gritamos, golpeando el alto mesón con nuestros puños apretados... No ha habido ni excursión ni «golpe de sol». ¡Es simplemente que acabamos de ver la «prueba de la cuerda»...!